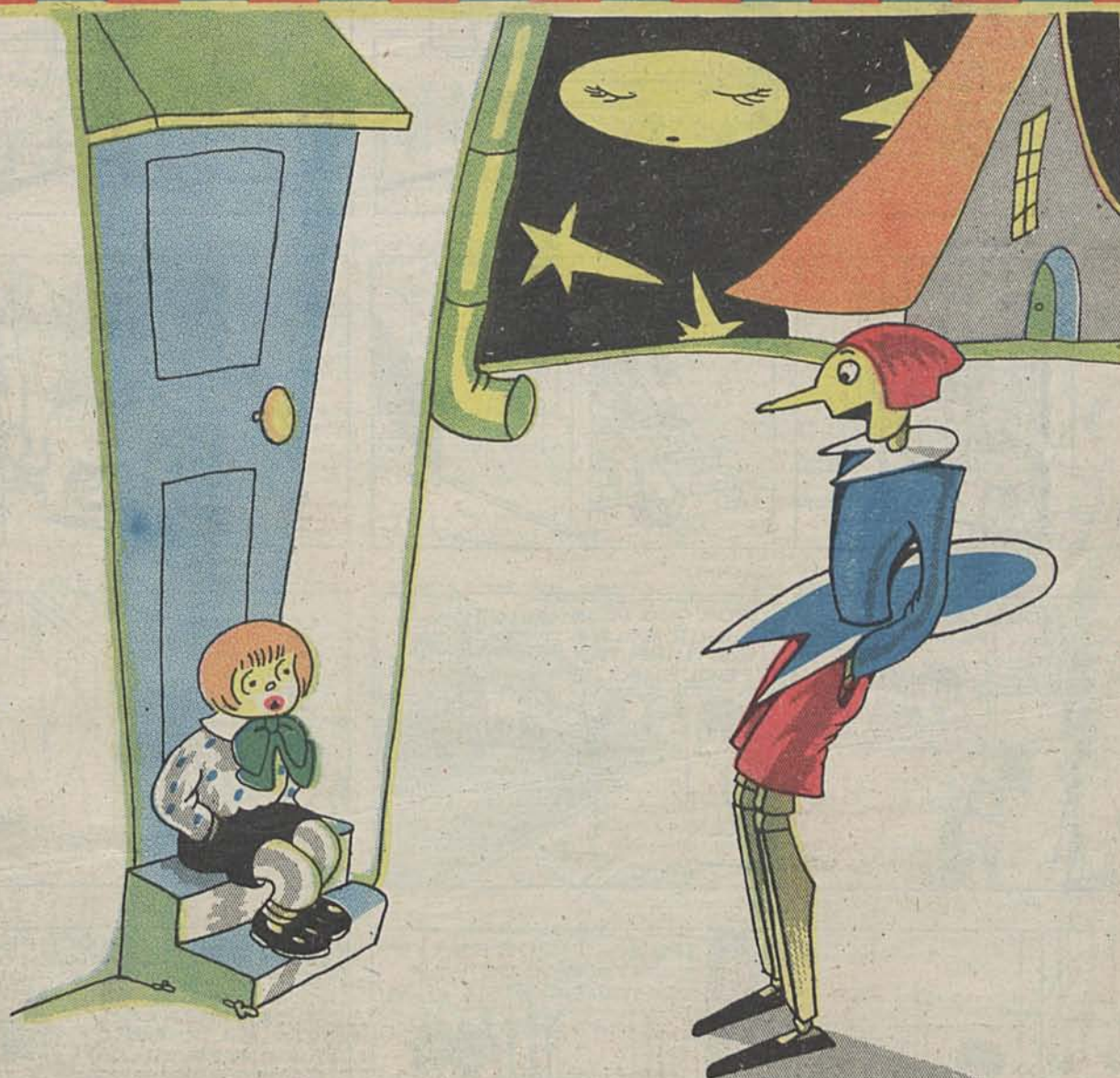


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 349

25 cts

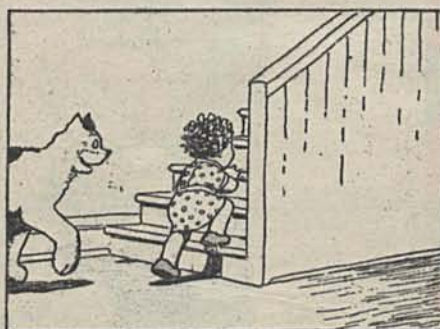
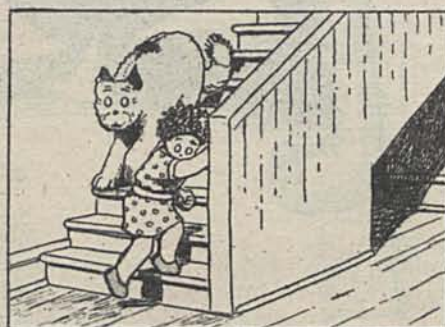
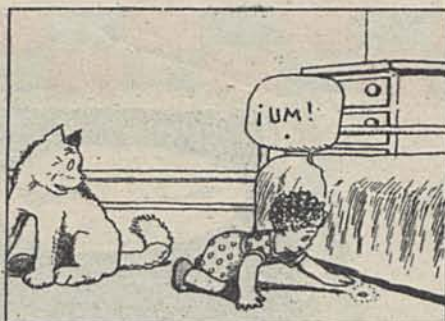
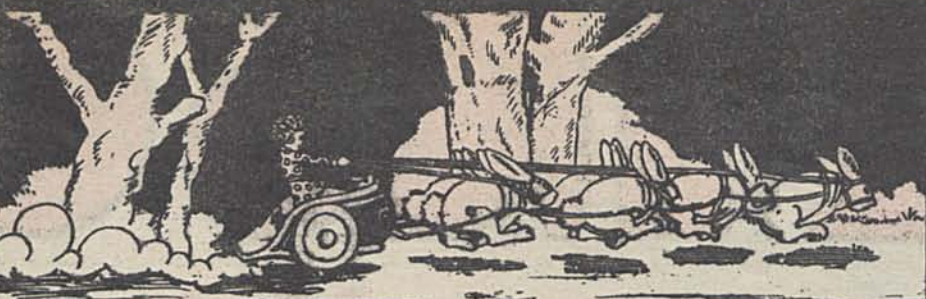
25 OCTUBRE
1931



- ¡PARA APRENDER IDIOMAS LO MEJOR ES LA MEDICINA!
- ¿POR QUÉ?
- ¡PORQUE EN CUANTO ERES MÉDICO CADA ENFERMO TE ENSEÑA UNA LENGUA!

ANITA

BUEN CORAZÓN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

El ladrón de serpientes

Este relato que van a leer los pinochistas es una historia auténtica ocurrida en Port-Elisabeth y ha sido referido en un periódico inglés por el director del Museo Zoológico de aquella ciudad.

El museo en cuestión posee una importantísima colección de serpientes, desde las más grandes e irreductibles por su fuerza hasta las más pequeñas, cuyo veneno mortal causa verdaderos estragos.

Al regresar aquel director de una de sus excursiones de estudio por la costa oriental africana hizo el recuento de los animales del museo según tenía por costumbre. Entonces notó que el número de reptiles era inferior al que él había dejado antes de emprender el viaje.

No cabía suponer que se trataba de una fuga aislada dado el gran número de los que faltaban. Además el recinto de las serpientes estaba rodeado de muros muy altos que hacen imposible la evasión de tan peligrosos prisioneros.

Se practicaron pesquisas pero resultaron infructuosas. La desaparición permaneció en el misterio.

Al poco tiempo un joven de unos veinticinco años se presentó al director del museo a ofrecerle una veintena de serpientes y víboras. El director del Museo aceptó la oferta y las compró.

Pero notó que al dejarlas en compañía de las que estaban encerradas no se desataron en cólera como era lo corriente. Ni mostraron siquiera el menor disgusto ni protesta de verse donde se veían.

Esta actitud de los reptiles demostraba que el lugar aquel no les era desconocido.

Dos semanas después volvió a presentarse el mismo joven con otro lote de víboras. Y como las anteriores aceptaron el encierro sin la menor muestra de desagrado.

Las sospechas del director del Museo Zoológico se hicieron firmes. El ladrón de serpientes no podía ser otro que aquel joven.

Para tener la evidencia absoluta y hacerle caer en la trampa, el director hizo marcar todas las especies existentes en la reclusión. Además montó una guardia de tres hombres que durante la noche vigilaban relevándose de cuatro en cuatro horas.

Pasó un mes. Nada anormal ocurrió. Volvió a renacer la confianza y un sábado los tres guardianes pidieron permiso para descansar el domingo.

Al lunes siguiente se notó la falta de varios reptiles y a los pocos días el joven misterioso se presentó al director del Museo con la oferta de su peligrosa mercancía.

Todos los reptiles llevaban la marca con que el director los había hecho señalar.

Avergonzado el ladrón huyó pero unos vigilantes le detuvieron.

Su espanto fué enorme cuando el director le hizo ver el peligro de muerte que había pasado manipulando víboras tan venenosas como la llamada «víbora de lunares», animal cuyo mal humor es proverbial, sobre todo si

se le despierta de su sueño y cuyo veneno, lento en sus efectos pero muy seguro, mata después de una terrible agonía.

El ladrón fué condenado a un mes de trabajos forzados, pero la advertencia del director del Museo bastó para que cogiese verdadero horror a toda clase de serpientes y víboras.

¿Qué son los volcanes?

¿Son como se les supone válvulas de seguridad por donde escapan del interior de la Tierra las materias en fusión que llenan la enorme caldera de nuestro globo?

Un sabio inglés acaba de declarar que no. Según él los volcanes no tienen nada que ver con la masa ígnea del interior de la Tierra, interior que, por otra parte asegura que nadie conoce su naturaleza.

Sostiene este sabio que los volcanes son un fenómeno superficial y local.

Su mecanismo lo describe así: las rocas en estado pastoso, casi fluido, que se encuentran inmediatamente debajo de la corteza terrestre tienden a solidificarse. Pero están impregnadas de gases y de vapor de agua sometidos a formidables presiones. Al solidificarse se aproximan a la superficie terrestre, disminuye la presión y los gases entonces explotan arrastrando con ellos las materias semifluidas.

Otra teoría asegura que en el interior del globo terrestre existen grandes masas de materiales radio-activos que despiden un calor enorme y reducen al estado líquido los materiales sólidos que al entrar en ebullición se elevan a la superficie y buscan la salida al aire libre.

La hulla azul

Designase con este nombre a la fuerza producida por las mareas y las olas.

Desde hace muchos años se viene estudiando el medio de utilizar industrialmente esta fuerza. Sin embargo se oponen a ello grandes dificultades de orden práctico y orden técnico.

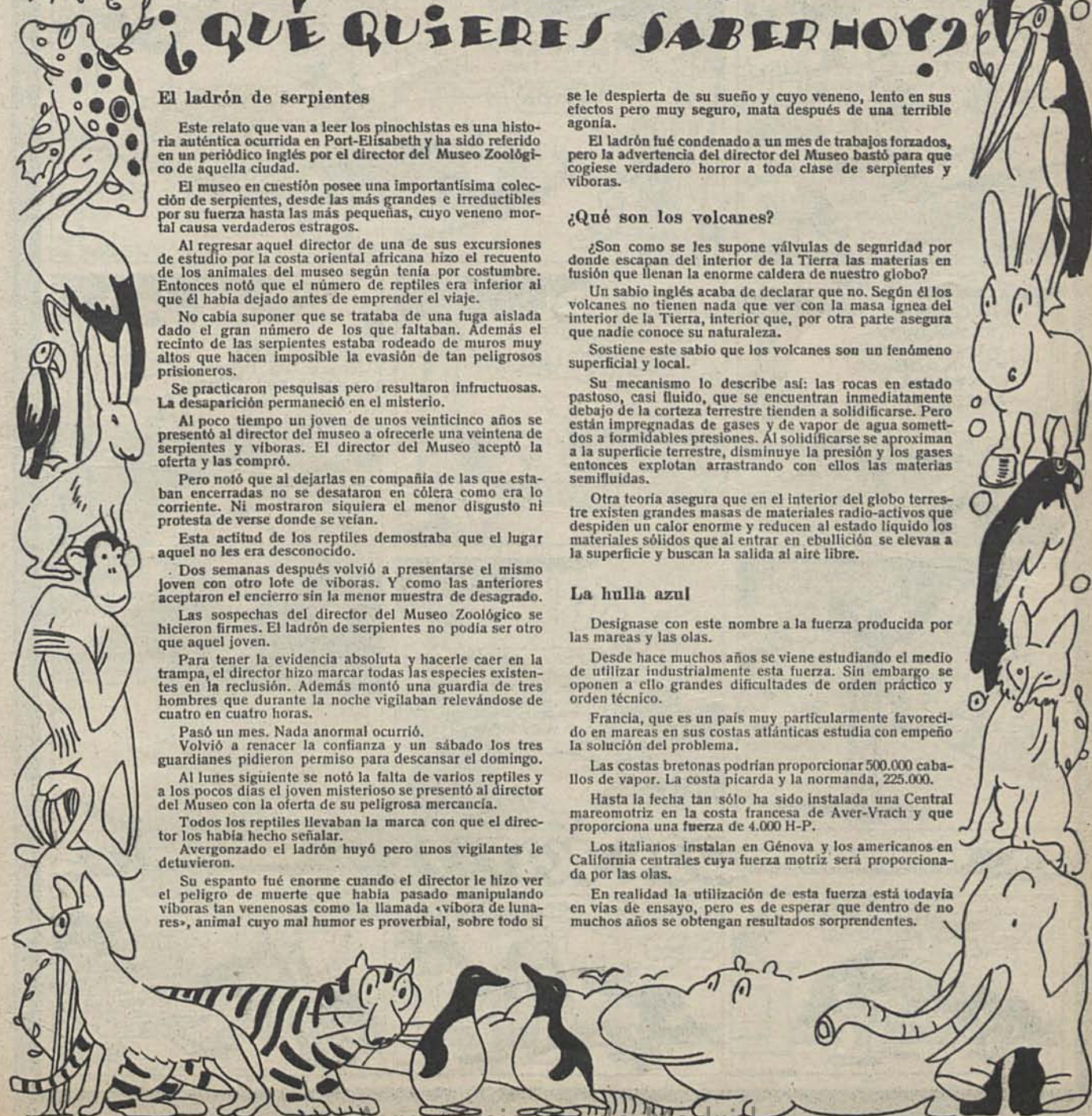
Francia, que es un país muy particularmente favorecido en mareas en sus costas atlánticas estudia con empeño la solución del problema.

Las costas bretonas podrían proporcionar 500.000 caballos de vapor. La costa picarda y la normanda, 225.000.

Hasta la fecha tan sólo ha sido instalada una Central mareomotriz en la costa francesa de Aver-Vruch y que proporciona una fuerza de 4.000 H-P.

Los italianos instalan en Génova y los americanos en California centrales cuya fuerza motriz será proporcionada por las olas.

En realidad la utilización de esta fuerza está todavía en vías de ensayo, pero es de esperar que dentro de no muchos años se obtengan resultados sorprendentes.



¡COLORÓN A SU PANDOLLA!



DON KATITE



mundo, por poco le cuesta la vida. Y todo porque en vez de ser un furibundo bebedor de *whiskey* o de *gin*, se contentaba limpiándose la garganta con gaseosa. Cansado de su largo viaje, entró en una taberna, llena a la sazón de mineros más o menos borrachos, y con estúpida general pidió un vaso de soda con jarabe.

El primero en retirarse en las propias barbas de Turner fue el tabernero, un hombre rón grande como un granadero de la Pomerania.

—¡Que le dé teta su mamá!—gritaron por todos lados.

Turner no perdió la serenidad, y renovó su petición.

La respuesta del tabernero fue lanzar a la cara del nuevo parroquiano el cepillo con que limpiaba los bancos, diciéndole:

—¡Bébete eso! ¡Es dulce como la miel!

Hasta entonces Turner, aunque había vivido entre la espuma de los aventureros, no se había visto mezclado en disputa alguna; pero al recibir tan atrevida ofensa hecha a la faz de tantas personas, la sangre se le subió a la cabeza.

De un salto cogió al tabernero por el cuello, y le dio dos tremendas puñadas que le desfiguraron la nariz.

En el Far-West, abundaban en aquella época los lances por el estilo, así es que todo se redujo a una corta algarazara en la taberna; pero aquella misma noche el tabernero, acompañado por dos amigos, buscó a Turner en una calle desierta resuelto a matarle.

— 28 —

La distancia entre el fugitivo y sus auxiliares desaparecía a ojos vistas; y ya estaban a unos trescientos metros, cuando John gritó con alegría:

—¡Bud Turner! ¡Amigos, es él! ¡Fuego contra los colorados sin perder tiempo!

Sonaron tres detonaciones, y cayeron otros tantos caballos de los indios.

—¡Maravilloso!—gritó el fugitivo.

Los otros dos indios, viendo mal parado su pleito, dispararon al aire sus escopetas y volvieron la espalda a carrera desenfrenada, sin cuidarse de sus compañeros, que habían podido esconderse entre las altas hierbas y desaparecer entre las sombras de la noche.

El fugitivo se unió bien pronto a los cazadores.

—¡John! ¡y sus jóvenes amigos!—exclamó con alegría tendiéndole las manos.—¡Sólo vosotros sois capaces de un golpe semejante! ¡Gracias, amigos! ¡Turner os debe su cabellera!



— 25 —

El nuevo minero tenía, felizmente, una buena costumbre: no se dejaba sorprender.

Listo como el rayo, armó su puño con el *field colt*, y de tres golpes terribles derribó al tabernero y a sus dos amigos.

Enterados del hecho los demás mineros, en vez de censurarlo, fueron a estrechar las manos del vencedor y a felicitarle por su valor admirable.

Así eran los aventureros del Far-West.

Desde entonces Turner llegó a ser, sin quererlo, un matador de hombres.

Un destino extraño pesaba sobre aquel hombre, dotado de una audacia increíble y de una sangre fría absolutamente excepcional.

Siempre tenía que encontrarse en medio de los más sangrientos riesgos.

Pocos días después de la muerte del tabernero entró en otro bar para beber su consabida gaseosa, cuando resonaron dos disparos bajo el toldo de tela que cubría el establecimiento.

Un terrible bandido, descubierta y perseguido por la policía, había hecho frente a los agentes y amenazaba con matar a todo el mundo, empezando por el dueño del local.

Todos huyeron, menos Turner.

Armado de su revólver, dirigióse al bandido, desafiando su furia con loca temeridad e intimidándole que se rindiera.

Pocas horas después el miserable pendía de un árbol con dos palmos de lengua fuera.

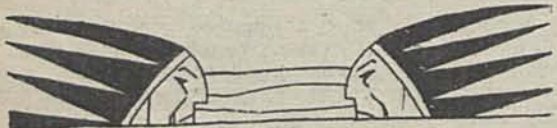
En aquel tiempo Turner, nombrado por su bravura subje del Gold-City, hizo amistad con el famoso

— 29 —



No se crea por esto que Turner fuese un matador de hombres en el verdadero sentido de la palabra, o sea que mataba por puro capricho. No era uno de aquellos sanguinarios *badmen*, siempre a caza de cabelleras de indios para ganar los cincuenta dólares que el Gobierno mejicano pagaba por cada *piel roja* sacrificado en sus fronteras. Había llegado a ser un terrible matador a causa de su vida aventurera, que le llevó a ser el perseguidor más encarnizado de los bandidos que infestaban y daban una reputación tristísima al Far-West. Comenzó sus aventuras por ser buscador de oro. Al anuncio del descubrimiento de los ricos *placeres* californianos, atravesó, como tantos otros, las Montañas Rocosas y la Sierra Nevada para llegar al Valle del Sacramento, con la esperanza de agenciar-se rápidamente una fortuna. Tuvo, sin embargo, la desgracia de llegar demastado tarde. Los *claims*, ya bastante explotados, y el precio altísimo que alcanzaban los alimentos, no le permitieron lo bastante a los mineros llegados después de aquellos otros que hallaban a montones las pepitas de oro, y los cuales tuvieron que ir retrocediendo hasta los flancos de la Sierra Nevada. Aquella época era, no obstante, afortunadísima para los Estados de la Unión. Exhausta la California, Turner se trasladó a esta región, rebosante de metales preciosos en todos sus terrenos. Su entrada en Gold City, entonces agrupación sencilla de tiendas y de barracas donde pululaban mineros procedentes de todas las naciones del

- 27 -



CAPÍTULO III

EL CAMPEÓN DE LOS MATADORES DE HOMBRES

BUD Turner era, como Buffalo-Bill, de quien había sido largo tiempo compañero de aventuras, uno de los héroes más populares del Far-West (1).

Nacido en la pradera, en la pradera transcurrió su vida, siempre en guerra contra los indios, sus mortales y feroces enemigos.

A los treinta años ganó el título de *man killer of América*, o sea campeón de los matadores de hombres.

(1) Este hombre, no menos extraordinario que Buffalo-Bill murió hace cuatro años en Tanton, en el Missouri.

—¿Qué diablo hacéis aquí, Turner?—le preguntó John después de estrechar afectuosamente su mano. —No sabéis que éste es el territorio de los *sioux*? —Porque lo sabía me habéis encontrado con esos seis perros rabiosos a las espaldas—contestó Turner sonriendo—. ¿Y yo, puedo saber lo que hacéis vosotros mientras la insurrección india cunde espanto-samente? —Lo ignorábamos, y por eso hemos venido a este país a cazar bisontes. Apenas hace tres horas que

debían convertirle en campeón de los matadores de hombres. Como veremos después, otras nuevas aventuras le importunarán más. —Ahí tienes tu hombre, Cody. Creo que ya no te mueres, diciéndolo sencillamente: tienda de Buffalo Bill y arrojó a los pies de éste el Atrevesó el cadáver en su caballo, marchó a la matar. El sujeto le dejó hacer, hasta que de un tiro logró sin hacer blanco. el bandido respondió con un doble disparo, aunque Turner se limitó a ordenarle que se rindiera; pero Le encontró en un lugar desierto y peligroso. malhechor, que mandaba una numerosa banda. Turner montó a caballo y salió solo en busca del unión de otros bandidos de su calaña. tos a los que hizo una mala jugada al coronel en Un día supo que un bandido célebre por sus asaltos a los teneos hizo una mala jugada al coronel en Coronel Cody, más conocido por el sobrenombre de Buffalo-Bill.

- 30 -

me han dicho que Sitting Bull y Minnehaha, la hija de Jalta y Nube Roja, han desenterrado el hacha de guerra.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—Hill.

—¿Mi compañero! ¿Se ha salvado, pues?

—No, Bud—respondió el *indian-agent* suspirando.

—Le hemos encontrado moribundo, con la cabellera arrancada y en un grado tan alto de fiebre, que expiró en seguida en nuestros brazos.

Un grito de furor y de rabia se escapó de los labios del matador de hombres.

—¿Me lo había figurado!—dijo con voz sorda.—

¡El desgraciado nació con mala estrella! ¡Así es la guerra en la pradera; pero Turner le vengará!

Permaneció algunos momentos silencioso acariciando el cuello de su caballo blanco, y en seguida, alzándose sobre la silla, dijo:

—Si estimáis la vida, abandonad en seguida esta pradera porque me temo que los *sioux* nos cerquen a estas horas, así como a los bisontes. Ya sabéis, John, cómo acaban estas aventuras.

—Sí, con un asado general—respondió el *indian-agent*. —¿Lo sé demasiado!

—Pues entonces, señores, no hay que perder tiempo. Si vuestros caballos tienen todavía fuerzas, ¡a galope! Tratemos, ante todo, de que los bisontes nos sirvan de escudo contra los indios.

—¿Y el inglés?—dijo Harris.—¿Vamos a abandonarle desarmado?

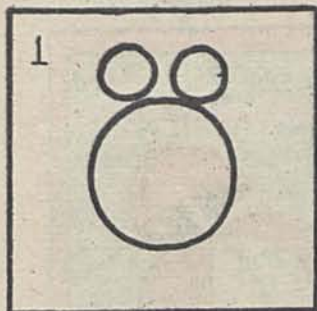
—¿Qué inglés—preguntó Turner.

—Más tarde os lo explicaré—dijo John—. Al pasar



PARA PASAR EL RATO

TODOS DIBUJANTES



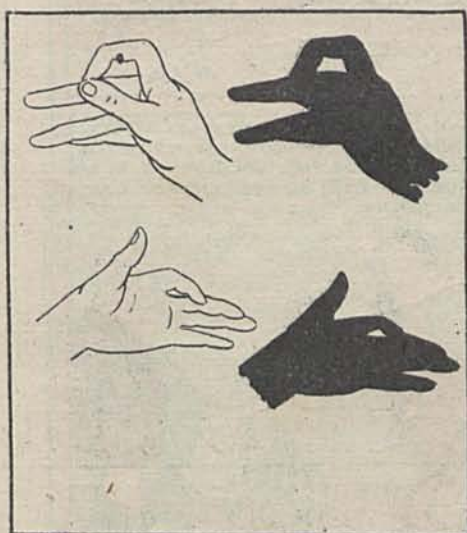
Para dibujar un buho posado en su rama no se precisan grandes dotes de dibujante. Basta con un poco de habilidad.

Precisamente aquí os ofrezco el procedimiento para conseguir semejante obra de arte con una rapidez y una sencillez que causarán el asombro de los artistas más concienzudos y avezados. Partiendo de la base de tres círculos, como veis en el dibujo primero, lo demás es coser y cantar, ilustres amigos.

¡Mano, pues, al lápiz, pinochistas! Es preciso seguir colocando, como hasta ahora, el estandarte de Pinocho en las cimas más altas.



SILUETAS



En las largas veladas del invierno todos los entretenimientos que se busquen son pocos.

Os ofrezco hoy uno que no carece de visualidad e interés.

Para ponerlo en práctica hacen falta tres cosas.

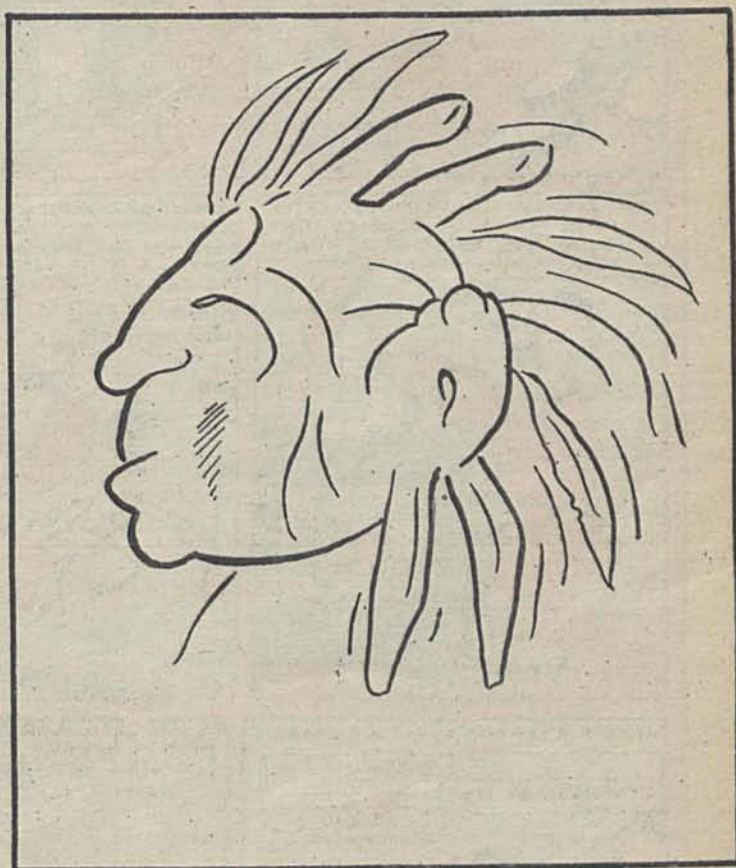
Una mano, una luz y una pared.

La luz para iluminar la mano.

La mano para colocarla de las dos formas que indica el grabado.

Y la pared para que en ella se proyecte la sombra de la mano.

Como veis en el dibujo las dos sombras reproducen fielmente la cabeza de un pato y la cabeza de un caballo.



METAMÓRFOSIS

Hay un dicho español que reza: «El demonio tiene cara de conejo».

Y yo añado que no solamente es el demonio el que tiene cara de conejo, sino también otras personas.

Sin ir más lejos, aquí tenéis un indio, al que no hay más que ponerle boca arriba para demostrar que lo que yo digo es más cierto que la luz.

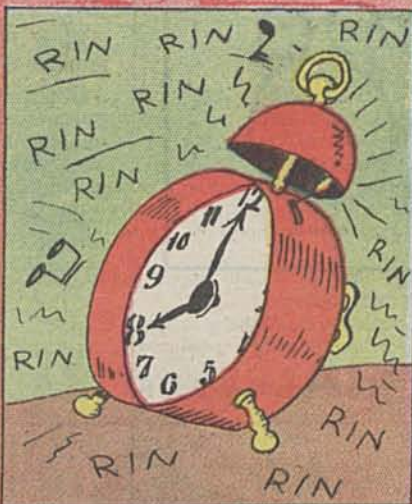
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

LAS NIÑAS PEQUEÑAS ME ENCANTAN CURRINCHE. DE PENSAR QUE MI SOBRINA TURULATITA VA A ESTAR TRES DÍAS CON NOSOTROS ME DERRITO DE GOZO

LA POBRE ES FEISINA



DICE QUE ES FEISIMA Y SOLO LE FALTAN LOS BIGOTES PARA TENER TODA LA CARA DE SU TÍO. ¡EA! ¡A DORMIR! ¡QUE RONQUES MUCHO Y HASTA MAÑANITA A LAS OCHO!



¡EA! AHORA TU TÍO TE VESTIRÁ Y TE LLEVARÁ A COMER PERCEBES AL RETIRO. ¡QUE REMONISIMA ES MI TURULATITA!



VAMOS CORRIENDO A POR EL MÉDICO, CURRINCHE: LA TURULATITA SE HA DESPERTADO CON PARÁLISIS EN LAS PIERNAS. LA PONGO DE PIE Y ¡PAF! SE ME CAE AL SUELO ¡ES HORRIBLE!



¿VE USTED, DOCTOR? AYER LA NIÑA SALTABA, CORRÍA, TANGUEABA, Y HOY NO SE TIENE DE PIE. EN CUANTO SE LA SUELTA ¡PAF! SE CAE SENTADA EN EL SUELO



VAMOS A VER NENA ¿HAS DORMIDO BIEN?

SI SEÑOR

¿TIENES APETITO?

SI SEÑOR



ES UN CASO RARÍSIMO. VAMOS A VER! VAMOS A VER!



¡PERO, PEDAZO DE MENDRUGO! ¿COMO QUIERE USTED QUE SE TENGA DE PIE LA NIÑA SI LE HA METIDO LAS DOS PIERNAS POR UNA MISMA PERNERA DEL PANTALÓN?



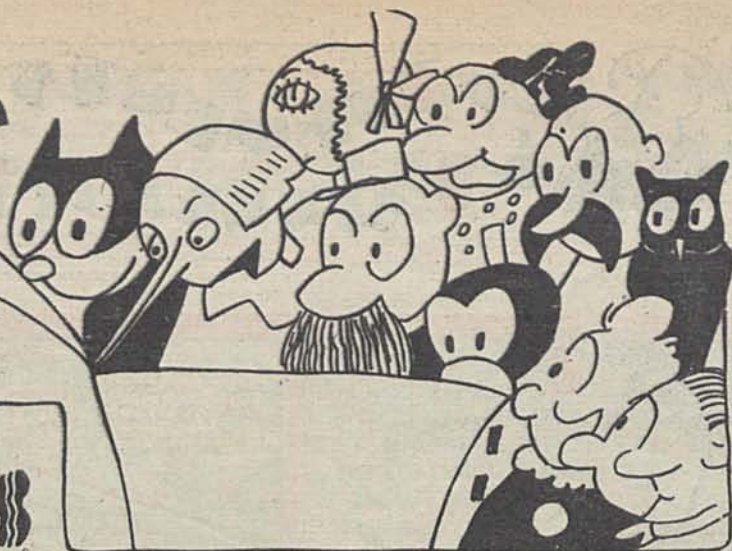
LA TORMENTA Y EL CICLÓN ¡HAY AÑAS DE TIN Y TÓN



CONTINUARÁ

CUENTOS DE CALLEJA

PEPE PELOS



AVEGABA un barco con dirección a la China.

El capitán era un hombre de feroz aspecto, con unos bigotazos que daba miedo y una mirada terrible y avasalladora. Todos los días al dar las doce bajaba a su camarote y permanecía encerrado en él más de una hora. Cuando salía estaba pálido, cejijunto, y no había manera de hablarle sin exponerse a un serio disgusto.

Algunos decían que del camarote partían ruido de sollozos, rumor de disputa y algunas veces gritos de mujer; pero nadie pudo averiguar lo que pasaba en aquel misterioso lugar.

Todos los marineros tenían un miedo horrible a su capitán, y por eso nadie se atrevía a formular la más pequeña pregunta.

Cierta día de borrasca vieron naufragar a muy corta distancia de su buque un bergantín; pero el capitán nada hizo por socorrerlo: al contrario, temeroso de verse obligado a recoger algún naufrago, procuró alejarse del sitio de la catástrofe. Pero no contaba con la huésped. No bien hubo avanzado cosa de un cuarto de legua, cuando por la popa salió chorreando agua un joven que, sin pizca de aprensión, corrió hacia el puente y dijo:

—Ya estamos todos aquí.

—¿Y tú quién eres?—le preguntó el capitán en tono severo.

—Soy Pepe Pelos. He naufragado en el bergantín

Ilusión, cuyos tripulantes aguardaban socorro de tu barco; pero yo tengo mucha pupila, y en cuanto vi la traza de negrero que tiene tu barco, dije: «Aquél no socorre a nadie». Como nado lo mismo que un pez, alcancé al buque, me colgué de una cuerda, y aquí me tenéis.



—Pues como no quiero aumentar la tripulación, se va usted a volver por donde ha venido.

—Eso sí que no, porque se ha borrado el rastro, y ya no me acuerdo por dónde he venido. En fin, yo como poco, no fumo ni bebo, ni gasto calzado; esto me conviene, y me quedo.

—¡Pues no se quedará!

—¡Pues sí me quedaré!

—A ver—rugió el capitán—, cuatro marineros para que den a este mocoso doscientos cuarenta palos en la boca del estómago.

Cuatro marineros avanzaron; pero Pepe Pelos no se asustó. Se subió en un momento al palo mayor, y desde allí comenzó a hacer gestos a los marineros.

Estos, al verle, se echaron a reír, y como Pepe no dejaba de hacer cabriolas, toda la tripulación se sintió contagiada, y aquello fué un concierto de carcajadas.

El capitán, entonces, furioso, gritó:

—Al primero que se ría le doy tres mil palos.

Los marineros hicieron los mayores esfuerzos para no reírse; pero Pepe no estaba por esto; así fué que continuó sus cabriolas con tanto éxito, que la





tripulación no pudo contenerse, y prorumpió de nuevo en carcajadas.

El capitán comenzó a dar golpes a diestro y siniestro, y aquello sí que fué gracioso: tras una exclamación de dolor se oía una carcajada estrepitosa.

El capitán rugía como un tigre, sin conseguir acabar con las risas.

Entonces gritó a Pepe:

—Hombre, deja tus cabriolas y baja del palo.

—Cuando usted se largue—gritó Pepe Pelos.

El capitán se encogió de hombros y lo dejó, sin volver a ocuparse de él.

Un marinero compasivo le dió un traje suyo, y el barco siguió su camino sin otro incidente.

El muchacho era muy resuelto y no se asustaba de los bigotes del capitán; así fué que un día, al oír que en el camarote había ruido de lucha y llanto de mujer, resolvió poner en claro las cosas lo antes que pudiera.

Una mañana muy temprano, y aprovechando la ocasión de haberse dejado puesta el capitán la llave de su camarote, penetró en él sin vacilación, encontrando lo siguiente: sobre una mesa había un saco cerrado con una argolla de hierro, y a través de la envoltura se adivinaba que el contenido era un cuerpo humano.

Abrió con mano firme el envoltorio, y oyó una voz femenina que decía:

—¿Vienes a maltratarme?

—Al contrario, Princesa, lo que quiero saber es por qué está usted aquí, quién es usted y qué clase de tío es el capitán.

Al descubrir el saco apareció el bellissimo rostro de una joven, que, asombrada al ver una cara que no era la del capitán, exclamó con alegría:

—¿Viene usted a salvarme?

—Puede ser; pero antes cuénteme usted su historia.

—Pues yo soy la única hija del Rey de los Vientos,

que se llama don Norte I. Yo soy la Brisa, y ese capitán, que es un mago de siete suelas, me ha robado de casa de mí padre, después de haber encantado a mis hermanos Sur, Nordeste y Suroeste, que están encerrados en esa misma habitación. Todos los días viene ese hombre, y con un látigo de acero nos golpea sin compasión a los cuatro durante una hora, siempre exigiendo

que yo sea su esposa, él erre que erre, y yo ene que ene.

Quedó un momento pensativo el muchacho, y dijo:

—Tenga usted confianza en mí, señora Brisa.

Al día siguiente cogió un hacha de abordaje y, aprovechando el momento en que estaba el capitán sobre cubierta, entró en el camarote diciendo:

—Señorita Brisa, ¿está usted ahí?

—Aquí estoy—contestó la interpelada.

—Pues ha llegado el momento—exclamó.

Y de un hachazo rompió uno de los cajones donde estaba encerrado Suroeste. El pobre casi no podía moverse de debilidad; pero la esperanza le dió energía, y ayudó a Pepe Pelos a desembalar a sus hermanos.

Subieron los cuatro a cubierta, y apenas los vió el capitán, avanzó hacia ellos y les preguntó:

—¿Qué buscáis aquí?

Pepe Pelos contestó:

—Ya sé que es usted el mago Torozón; pero o se va usted de aquí por el camino que ha traído o dejo a éste que sope, y ya verá usted lo que es bueno.

Suroeste no se pudo contener a estornudar, y del resoplido fué el mago por los aires hasta una isla que distaba veinte leguas, y allí se rompió la coronilla contra unas rocas.

—¡Vaya un resuello, compañero!—dijo Pepe Pelos.

—Pues soy el más flojo de mis hermanos—añadió Suroeste, haciendo el ruido como de un cañonazo.

—¡Anda, pues cómo serán los otros nenes! Sople usted para tierra a ver si llegamos pronto.

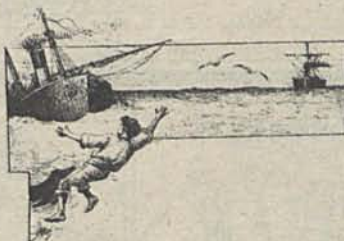
Suroeste dió un resoplido, se hincharon las velas, y al cuarto de hora se encontraron en la isla de los Vientos, donde había tanto que no se podía parar.

Allí se presentaron a don Norte I, que los recibió con grandes agasajos, y luego, agradecido, casó a Brisa con Pepe Pelos, al que puso por nombre Nordeste y le enseñó a soplar en aquella dirección.

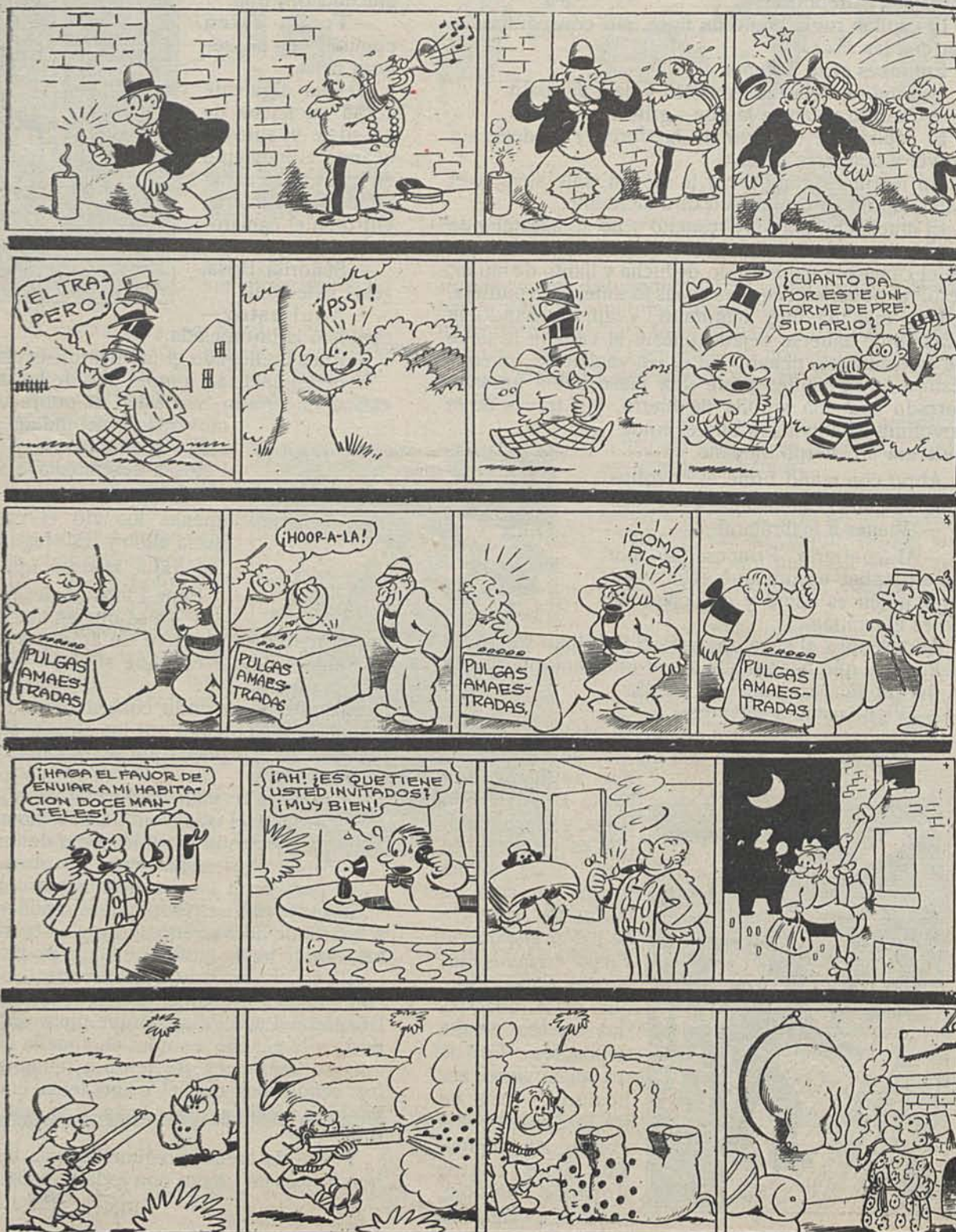
Desde entonces volvieron a reinar en mar y tierra los vendavales que el mago tenía encerrados; pero también volvió a haber brisa, y váyase lo uno por lo otro.

Y si no lo creéis, preguntádselo a don Pepe Pelos, que hoy es un viento con toda la barba.

FIN



GRAN CINE TINTONESCO



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un buque
Pedro Ortega



Paisaje.—Ricardo de Zavala



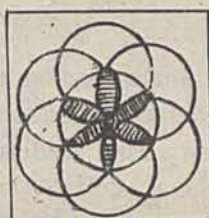
Yermo
Manuel Lozano



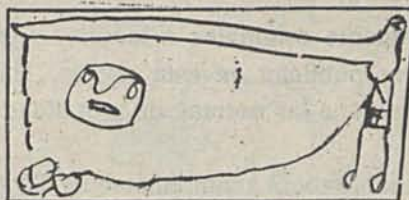
Juanita
Maria Sesma



Rosas
C. Comas



Dibujo
Maria Chicharro



Pinocho.—Eduardo Rodríguez



Pañuelo moderno
Antonio Palma



Faro
Antonio Alarcón



Buenos días
F. Rubio



D. Turu soldado
Pedro Areltlo



Papá y mamá
A. Ruiz de la Rosa



Casa de Pinocho
Enrique García



Una maceta
Maria Sesma



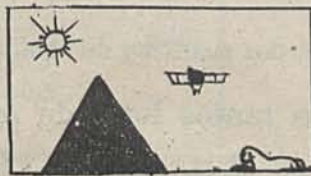
El jefe de estación
A. S. Miguel



Un castillo
Javier Basterra



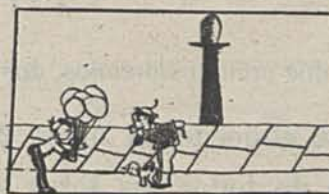
Ali Babá
Daltón Camacho



Pirámide.—Ramón Andrada



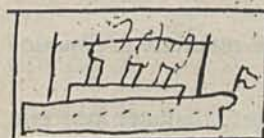
Alegría popular
osé Benito



En la calle.—Emilio Sacristán



Un galgo
M. Cruz Fontanet



Trasatlántico
Francisco Font



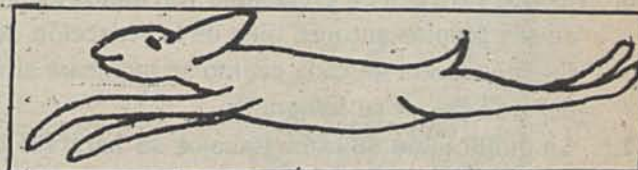
Chacolin
Lorenzo Veilla



El osito
Angel Zalve



Silla
M. L. Barba



Un conejo.—Angel Zalve



Coche.—Manolito de Olesun



Chufita
Enrique García



Un zapato
J. Ramirez



Borriquillo
Maria Luisa



Curriche
Federico Pérez

GRAN CONCURSO

DE

CUENTOS INFANTILES

PINOCHO abre un CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES entre todos los pinochistas que se cerrará el día 31 de Diciembre de 1931, con arreglo a las siguientes

B A S E S

- 1.^a Los cuentos habrán de ser rigurosamente originales e inéditos y tendrán una extensión equivalente a uno de los CUENTOS DE CALLEJA que se publican en esta revista. Habrán de tener carácter exclusivamente infantil y ajustarse en su fondo y forma a las normas de moralidad y buen gusto. Podrán enviarse con o sin ilustraciones.
- 2.^a Cada cuento que se envíe al Concurso deberá acompañarse de 20 cupones de los especiales que se publicarán para este Concurso.
- 3.^a El fallo del Concurso se dará a conocer en el mes de Febrero de 1932.
- 4.^a El jurado lo formarán Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Rafael de Penagos, José Zamora, Enrique Castillo y Federico Galindo.
- 5.^a Se adjudicarán 20 premios consistentes en lotes de preciosos libros de cuentos de la "Editorial Saturnino Calleja S. A." por un valor total de más de

1.000 PESETAS

Habrán dos primeros premios, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y dos quintos.

Además se concederán otros 20 accésits con otros tantos lotes de premios

El detalle de todos los lotes se dará a conocer en el n.º 348 de PINOCHO

- 6.^a Todos los cuentos premiados (incluidos los accésits) se publicarán en PINOCHO con ilustraciones, bien de sus propios autores, bien de la redacción de la revista.
En la cabecera de cada cuento se publicará el retrato de su autor a cuyo efecto los que resulten premiados deberán enviar su fotografía.
- 7.^a La publicación de estos trabajos se hará sin que la redacción de PINOCHO haya de satisfacer por ello ningún pago.
- 8.^a Los trabajos que se envíen para este Concurso deberán cursarse en sobre cerrado, debidamente franqueado y dirigidos en esta forma:

Para el Concurso de Cuentos Infantiles de **PINOCHO**

Calle de Valcenaia, núm. 28. -- MADRID

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSO DE PASATIEMPOS



LAS ZORRAS Y LA GALLINA



Sabido es hasta en Belchite que no hay animal más aficionado a las gallinas que la zorra; después de todo no tiene mal gusto el animalito.

No es de extrañar, pues, que estas dos zorras que veis en el dibujo anden buscando como locas a una tierna gallinita que se ha escondido entre la maleza porque ya sabe cómo las gastan los dos voraces animalitos.

Vosotros que sois en cuestiones de perspicacia un dechado de perfección podríais indicar en dónde está la gallinita en cuestión. Me parece que sí, y así lo espero, pinochistas.

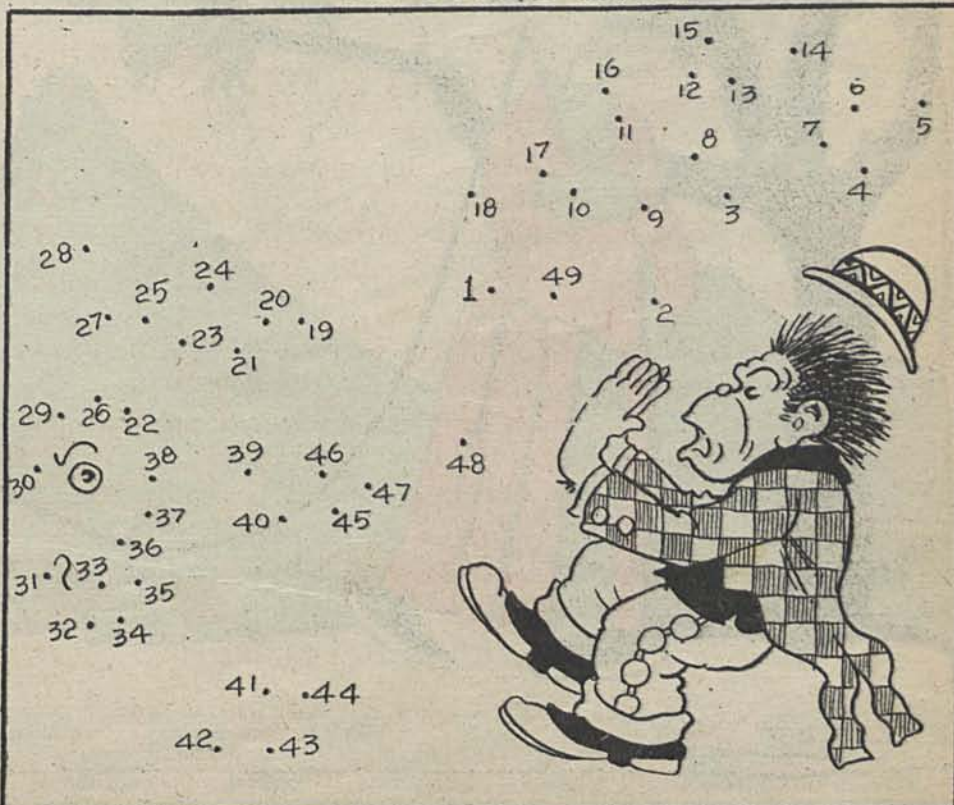
EL POBRE MONO

Este mono que veis en el dibujo es muy desgraciado.

Asunto en que interviene, asunto que le falla.

Precisamente en el momento en que os lo presento está sufriendo horriblemente porque...

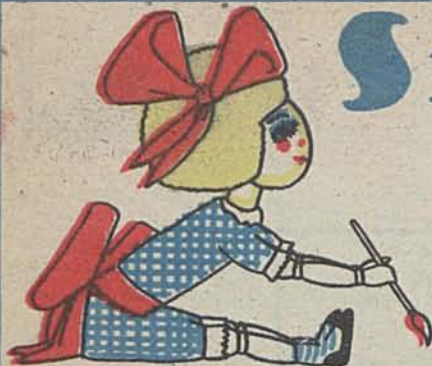
Pero mejor es que lo averigüéis vosotros. Para ello será preciso que cojáis un lápiz y que unáis los números con líneas empezando en el 1 y siguiendo por orden.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

LA PULGUITA CHINA



Cuando Li-Pulguita-Tchang nació, era una chinita como otra cualquiera y por cierto muy linda; tan amarillita, con unos ojitos tan chiquirritines y una trenza tan larga.

Pero entonces se llamaba Ling-Lung-Lang que es un nombre tan corriente, gracioso y apreciado en la China, como lo es el de Pancracia o Teopiste en España.

En los primeros años de su vida, Ling-Lung-Lang era una nena encantadora; un poquito desobediente, pero no mucho; algo golosa, pero sin exceso; una mijaja respondona, pero con mesura. En resumidas cuentas era casi, casi tan perfecta como cualquiera de mis Pirulindas.

Ling-Lung-Lang vivía en una casita de porcelana azul con su papá que era todo un señor mandarin y su mamá que era, por lo tanto, una mandarina. Ahora, que la buena señora era algo gorda, con lo cual, más que mandarina, era una naranja; una naranja de la China, por supuesto.

Cuando Ling-Lung-Lang empezó a crecer, empezó a volverse insoportable, al revés de lo que ocurre con las Pirulindas que se vuelven mejores cuanto mayores van siendo. Y es que Ling-Lung-Lang no podía permanecer quieta. A los cinco minutos de estar sentada, se ponía de pie; a los dos minutos de estar de pie, echaba a andar y no había andado cuatro pasos cuando empezaba a correr y a brincar de un lado para otro, bailando como un fuego fatuo y girando como un peón.

De esta manera de correr, bailar y saltar constantemente, provino el remoquete que la pusieron de Li-Pulguita-Tchang, que quiere decir «Pulga que tiene el baile de San Vito».

De día en día, merecía más su nuevo nombre; lo mismo saltaba y brincaba mientras aprendía a escribir con un pincel y tinta china, que mientras comía su arroz a la Turkestana, con palillos de marfil, y hasta mientras dormía soñando que el dragón bordado en el biombo de raso verde de la sala se animaba para devorarla.

Un día, la mamá mandarina tuvo con su esposo un grave conciliábulo:

Es imposible que Li-Pulguita-Tchang siga en casa so pena de volvernos locos a todos y en ningún colegio nos la admitirán. ¿Qué haríamos para que se volviese menos traviesa?—dijo.

(Claro que lo dijo en chino, pero yo os lo traduzco porque puede que en chino no lo entenderáis muy bien.)

Después de mucho pensarlo, el papá mandarin tuvo una idea:

—Llévatela a la consulta del célebre doctor Go-ril-Ho-Fe-o—dijo—puede que él sepa curarla.

Aquel famoso médico tenía una trenza tan larga que cuando andaba, necesitaba un chinito para llevarla como la cola de un vestido de novia.

A pesar de que aquella trenza magnífica, debió de haberle infundido a Li-Pulguita-Tchang un saludable respeto, no bien la traviesa criatura se halló en el despacho del sabio, empezó a saltar de un lado para otro, curioseando en todos los rincones y tocando todo lo que le venía a mano con tal frescura que el sabio estuvo a punto de recetarle sencillamente un par de azotes—uso externo—antes de cada comida, como a niña mal educada que es lo que era ni más ni menos.

Sin embargo, lo pensó mejor y después de rascarse la oreja izquierda y la punta de la nariz, entregó a la mamá mandarina una caja de laca roja llena de polvos blancos de las que su «encantadora» hijita habría de toniar la quinta parte de una cucharilla todas las mañanas.

Li-Pulguita-Tchang se echó a temblar; para ella, toda medicina tenía que saber a aceite de hígado de bacalao o, cuando menos, a agua de Carabaña, y no eran éstas bebidas de su predilección.

¿Cuál no sería su alegría a la mañana siguiente, cuando al catar los polvos misteriosos notó que eran la cosa más exquisita del mundo? Sabían a algo así como a mermelada de flores de loto con nidos de golondrina en almíbar y cabellos de Buda con canela.

Aquel día Li-Pulguita-Tchang estuvo tan meditabunda que se olvidó de saltar, correr y molestar a la gente. Sus padres, asombrados, se preguntaban si los polvos maravillosos operaban ya.

Pero en realidad, lo que ocurría es que la quinta parte de una cucharilla de aquella sabrosa medicina le había sabido a poco a Li-Pulguita-Tchang, y ella, por lo demás poco amiga de estudiar, se pasaba el día estudiando cierta combinación que le parecía de perlas.

—Si mañana, me comiera de un golpe todo el contenido de la cajita de laca—pensaba—sería ventajoso para todo el mundo. Para mí, porque me daría con ello un festín de los que hacen época y para mis padres porque seguramente mi curación sería inmediata y me verían de repente convertida en una niña más buena y tranquila que el pajarillo de plata que hay bordado en el traje de mi mamá.

Y aquella noche, mientras todo el mundo dormía en la casita de porcelana azul...

Lo que pasó aquella noche, lo sabremos no más tarde que el domingo próximo.

